

ONU: EL PARLAMENTARISMO NECESARIO

LA Organización de las Naciones Unidas sigue provocando una especie de irritación en quienes querrían ver en ella plasmado el espíritu de la justicia internacional. No hablemos ya de los países o Gobiernos alcanzados por algunas de sus reconveniones, amonestaciones o condenas, que inmediatamente reaccionan acusándola de estar «manipulada por...» (y en el lugar de los puntos suspensivos, la ideología o la fuerza que consideren más oportuna para sus propósitos). Si a lo largo del año siempre hay algunas incongruencias de la ONU que señalar, cuando llegan las fechas de la Asamblea General, estos despachos, estas críticas, se renuevan. El que se pretende ciudadano del mundo, y, por lo tanto, súbdito de la ONU en alguna medida, no deja de observar con impaciencia que todo aquello que pueda considerarse como positivo en la marcha del mundo se está consiguiendo fuera de la ONU. Fuera de ella se han realizado los grandes temas de la coexistencia pacífica entre la URSS y los Estados Unidos, los tratados de no proliferación del arma atómica, las conversaciones para reducción de fuerzas en Europa y las Salt, o conversaciones para la limitación de armas estratégicas; fuera de ella se lleva adelante la conferencia de seguridad y cooperación en Europa, fuera de ella se hizo la «paz» de Vietnam y se intentan las negociaciones para el supuesto arreglo en el Oriente árabe.

ALGUNOS otros temas irritantes de la ONU surgen estos días. Uno es el veto de los tres «grandes» occidentales (la adhesión de Francia constituyó una sorpresa, y algunos pretenden ver en ella una nueva alineación de Francia con los Estados Unidos) a una moción contra el racismo en África del Sur que habían presentado los países africanos, en el sentido de que una vez más se ven burlados los deseos de la mayoría por el predominio de naciones escogidas. Es un tema que surge de la misma fundación de la ONU, un tema escasamente democrático, que fue el de conceder a las naciones vencedoras de la guerra una supremacía sobre todas las demás: sirvió, sin embargo, de equilibrio de fuerzas: en la época en que la mayoría de la ONU estaba en manos de los Estados Unidos, los vetos de la URSS impidieron que esa tendencia fuese excesivamente marcada y que la ONU se convirtiera en un mero instrumento de los Estados Unidos, aunque no pudieron evitarlo siempre, como pasó en la guerra de Corea, en la que los Estados Unidos disfrutaron de internacional una cuestión propia de su dominación en el Pacífico. El otro tema es el de las manifestaciones gigantescas de organizaciones judías de Nueva York, reforzadas con las de otros Estados de las Naciones Unidas, para cuando tome la palabra la representación de la Organización de Liberación de Palestina (estaba anunciada para el lunes pasado, día 4, pero se ha aplazado a petición de los propios palestinos, que quieren antes extraer todas las consecuencias posibles de la conferencia árabe de Rabat). Este es otro de los defectos de origen de la ONU: estar enclavada en un país beligerante en todos los conflictos mundiales —por su vocación y acción de imperio global—, como son los Estados Unidos. Ha provocado ya esta ubicación incidentes directos —como la dificultad de alojamiento y los problemas de la vida diaria en Nueva York de los diplomáticos negros procedentes de países africanos, o los incidentes de la presencia de Fidel Castro—, y los que pueden llegar a provocar los bellicosos judíos americanos (y las organizaciones derechistas blancas que les apoyan) quizá sean graves. Pero estos problemas son menores en relación con algunos otros que plantea la «americanización» inicial de la ONU, como es el del funcionariado: Entre un 80 y un 90 por 100 de los funcionarios de las Naciones Unidas son nacionales de los Estados Unidos. Dejando aparte el inmenso terreno de operaciones que supone para la CIA esta legión invisible dentro de la ONU, todo el mundo sabe cuál es el poder de la burocracia, del funcionariado, en el tratamiento de todos los asuntos.

SE conocen cuáles son los viejos de origen de la ONU: Una creación de los vencedores de la guerra, que tenía la contradicción de aparecer como igualadora de todas las naciones del mundo y al mismo tiempo la de la supremacía de esas cinco naciones por la instrumentación del

Consejo de Seguridad; de las cuales cinco naciones, cuatro eran occidentales (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la China insular de Chiang Kai-chek), y la quinta iba a estar inmediatamente segregada por la guerra fría. Aun fuera del Consejo de Seguridad, el número de votos era mayoritario occidentalista, y dentro del occidentalismo, mayoritario en favor de los Estados Unidos, por la abundancia de votos de países de influencia, hasta el extremo que hubo de aceptarse la ficción de algunos miembros, como Ucrania y Rusia Blanca, para poder dar en algún momento una sensación de equilibrio. Acrecentada por el pesimismo de su inmediata precedente —la Liga o Sociedad de Naciones de Ginebra, que no pudo evitar el nacimiento y crecimiento del nazismo, la ocupación de naciones europeas, la guerra de Abisinia; que no pudo apaciguar la guerra de España y mucho menos la guerra mundial, que sería su muerte—, esta sensación de mal nacimiento de la ONU ha perdurado muchos años. Fue luego lentamente modificada por la ampliación del número de sus miembros al cesar la descolonización, hasta llegar a ser de bastante más del doble de los tiempos de su fundación —cincuenta naciones en la Conferencia de San Francisco de 1945— por la ocupación por parte de China del puesto de Formosa y, sin duda, por los elementos de la coexistencia pacífica. Los proyectos de reforma que se



Uno de los defectos de origen de la ONU es el estar enclavada en un país beligerante en todos los conflictos mundiales —por su vocación y acción de imperio mundial—, como son los Estados Unidos.



La ONU es un Parlamento. Un Parlamento en el que las naciones más desfavorecidas de la Tierra pueden hablar al mundo y hacerse oír de él; no sólo en el hemiciclo de la Asamblea General, sino por la potencia de medios de ampliación y difusión que tienen allí su origen.

han hecho después no han prosperado: la sustitución del secretario general por un triunvirato (un representante de Occidente, otro de los países comunistas y uno del Tercer Mundo), el traslado de su sede a un país no beligerante (volvería a Suiza, instalarla en un Tánger internacionalizado, etcétera) o cambiar el sistema de votos. Aunque se ha ampliado el número de participantes en el Consejo de Seguridad por turno rotatorio (sin que los cinco grandes dejen de ser permanentes), gran parte de los defectos de origen siguen siendo los mismos.

Y sin embargo... Sin embargo, cuesta mucho trabajo condenar en bloque a las Naciones Unidas por su falta de eficacia. Es imposible saber, so pena de caer en una especulación ucrónica, cuál habría sido en nuestros tiempos la situación del mundo de no haber existido durante estos años las Naciones Unidas. Es imposible saber, desde luego, si todos estos arreglos del mundo que se están haciendo «por fuera», mediante conferencias bilaterales o multilaterales, se habrían conseguido sin la existencia de la ONU. Sin perder de vista que se trata de una especulación, tiende uno a creer que el desorden mundial en que nos encontramos habría sido peor, o habría llegado a otros extremos, sin la existencia de la ONU.

PORQUE la ONU es un Parlamento. Estos días de Asamblea General nos lo recuerdan una vez más. Es un Parlamento en el que las naciones más desfavorecidas de la Tierra pueden hablar al mundo y hacerse oír de él; no sólo en el hemiciclo de la Asamblea General, sino por la potencia de medios de ampliación y difusión que tienen allí su origen. En estos días de Asamblea hemos podido ver y escuchar al Presidente de la República Portuguesa, general Costa e Gomes, explicar al mundo la verdadera situación de su país, en estado predemocrático (según su definición), y pedir a las democracias establecidas que ayuden al establecimiento de una nueva, saliendo al paso de campañas tendenciosas (la de ahora: la negativa de Estados Unidos —Kissinger— a que Portugal participe en algunas tareas de la OTAN por el hecho de que tenga un ministro comunista en su Gobierno, que puede conocer así «altos secretos»; en realidad, una trampa para que Portugal, si la actitud perdura, tenga que saltar de la OTAN). En este Parlamento vamos a escuchar a esos condenados del mundo que son los palestinos, convertidos en Gobierno en el exilio, y con la importancia de que es la primera vez que la Asamblea escucha a los representantes de un país sin territorio. Y vamos a ver y escuchar también a los puertorriqueños. Puerto Rico, Estado «libre y voluntariamente asociado a los Estados Unidos», en condiciones tales, que es mucho menos independiente que cualquiera de los Estados, que

no es miembro de las Naciones Unidas, pero que, sin embargo, va a ser oído en sus quejas.

¿PUEDEN o no estas oraciones ante la Asamblea influir en el desarrollo de los acontecimientos? Pueden influir en el sentido de que se sepan y se conozcan unas realidades y unas injusticias. Es decir, pueden influir en el mismo sentido en que influyen los discursos que se pronuncian en los Parlamentos nacionales, aunque los debates de las Naciones Unidas no puedan tener carácter legislativo, porque la ONU no es un supragobierno.

TODO consiste en creer o no que el parlamentarismo en sí es útil y necesario. El parlamentarismo, desde su etimología —parlar, hablar—, es una de las instituciones más viejas de la Humanidad, y ha tenido que sufrir —y sufre— toda clase de envenenamientos y tóxicos. Con bastante claridad, los envenenamientos y los tóxicos que se oponen al parlamentarismo son los mismos que atañen generalmente a las libertades de expresión, aunque a veces se hagan por otros medios (elección mediatizada de parlamentarios, designación de éstos para que su palabra sea acorde con la de quien los designa), y suele ocurrir que las clases dominantes o los poderes, que de esta manera mediatizan los Parlamentos, son los mismos que les critican por su lenidad o por su incapacidad, y los que emiten la despectiva condena de «no hacen más que hablar». Hablar, a veces, resulta algo heroico. La mediatización de la Asamblea General de la ONU por parte de los Estados Unidos estuvo muy clara en su principio; cuando llegó un momento en que perdió parte del control, por la entrada en masa de los países más pobres, y cuando vio algunos de sus propios actos condenados o a punto de serlo —Vietnam— por la Asamblea, comenzó a bloquearla, a obstaculizarla y a denigrarla. Es curioso que la mayor parte de las críticas a las Naciones Unidas en el mundo occidental hayan comenzado precisamente cuando aquella hegemonía comenzó a perderse, mientras se ensalzaba en los años anteriores.

LA ONU es un instrumento en formación que no tiene todavía treinta años de edad —a partir de la ceremonia de San Francisco de 1945—, que han de compararse con los milenios de historia previa en los que el parlamentarismo internacional no ha existido (con la breve excepción de la Liga de Ginebra, que, por otra parte, sólo representaba el mundo de los poderosos); es decir, está en formación, en creación. El sentido en el que ese crecimiento se va haciendo no es malo, aunque sea escaso, incompleto o incipiente. Hay que considerarlo como una esperanza para el futuro, aun cuando ese futuro sea muy lejano. ■